

trucción de una historia Otra. Entre esas opciones —parecía que no había otras— circulaban nuestras posibilidades de elegir, de hacer coincidir los deseos de transformación radical con las líneas expresas de las diferentes organizaciones. No era fácil sustraerse a la potencia del llamado a engrosar filas de ejércitos o de grupos masivos. Creíamos que a casi nadie se le ocurría no participar políticamente en «algo», fuera cual fuere la posición en el espectro de posibilidades. La moderación era mala palabra. Así, paulatinamente, el disenso, aquel derecho por el que habíamos protestado, contestado, y luchado, se escuchaba como expresión burguesa, o de atraso ideológico. Para mí el dilema era cómo plantear el disenso en formas no militarizadas sin caer en la sospecha de ser burguesa o contrarrevolucionaria, o anarquista. Cómo suscribir creíblemente a los ideales de la revolución sin celebrar el culto de la muerte.

Y ese diálogo que luchábamos por instalar entre universidad y sociedad, devino por fin palabra monádica investida de la ideología revolucionaria, palabra arrogante y unificadora, que borraba la diferencia; porque insertar la universidad en la sociedad significaba politizarla en el sentido general de la política del país, y de la geopolítica mundial. Dependencia institucional presa del discurso emancipatorio, dimos alguna otra vuelta a la tuerca de la permutación.

En septiembre de 1973 practicamos la resistencia solidaria con el pueblo de Salvador Allende víctima del pinochetazo: la escuela de Ciencias de la Información había montado un operativo de contrainformación en apoyo a la Unidad Popular. Solidaridad era un significante común en el discurso universitario. La permeabilidad universitaria al pulso político nacional e internacional alcanzó su apogeo. Así adquiríamos el temple para confrontar y enfrentar cualquier lucha, en la regla de juego de autoridad y antiautoritarismo, a la manera de los estudiantes europeos. Pero no nos salvó del diezmo iniciado en 1974, con el navarrazo que derribó el gobierno de Obregón Cano instalando en la Universidad de Córdoba una intervención siniestra, prólogo de las atrocidades de las tres «A» y de lo que instauró después el Proceso de Reconstrucción Nacional (PRN). El objetivo de la represión/restauración se localizó en todas partes y se especializó en las áreas de las ciencias sociales, bruja favorita de la caza de los inquisidores.

Lo que me parece destacable es que, si bien el discurso general sociopolítico había enraizado profundamente en los claustros, desde donde se fundaba esta cultura de izquierdas, novedosa en sus formas y efectos, en todos sus estamentos, especialmente, lo reitero, en las unidades de Humanidades, Artes, y Ciencias Sociales, el grado de exposición a la destructividad del PRN fue total: la politización, la certeza de lograr conquistar el poder para la construcción de una sociedad mejor, no nos protegió a los docentes ni

a los estudiantes del diezmo maligno de la represión. Pero hay que decir por un lado que la exacerbación del discurso político operado sobre todo a partir de 1973 fue produciendo una separación entre los portavoces del discurso revolucionario y las bases, la cultura de izquierda se fue reduciendo a un monólogo de élite, que consideraba que las cuestiones de pluralidad de ideas, de las libertades públicas, en fin, de la democracia, eran temas burgueses y por lo tanto contingentes, quedando las vanguardias armadas aisladas, otra vez arrojando a la universidad fuera de un contexto social que asistía mitad perplejo y mitad atemorizado a la lucha polarizada en dos o tres ejércitos.

De la cosmogonía a la cosmoagonía

Como se ve, toda palabra sobre el pasado universitario es palabra sobre la barbarie contra la universidad, sobre lo que hubo y sobre lo que quedó después de ser arrasada; ya se sabe que en cada embate del autoritarismo político la universidad era instalada en la mira de las restauraciones y de los operativos de limpieza de producción auténtica de pensamiento. El apogeo de la destrucción física e intelectual se alcanzó entre 1976 y 1982. No bastaba con excluir los discursos progresistas, había que destruir los seres que los sostenían y aun muertos, había que desintegrar los cuerpos para que no quedara nada de aquellas ideas. En ese sentido, Córdoba, constituyó un lugar de las persecuciones donde se practicó la ejemplaridad del castigo, con cierres de unidades académicas, como ocurrió con la Escuela de Sociología, o con supresión de carreras, como las de teatro y cine, con el consiguiente reciclado curricular de la Facultad de Filosofía y Humanidades, intervenida por un mayor del ejército, siendo reeducada en los principios del *Opus Dei*, y entrenada en la producción de sostén ideológico del Comando del III Cuerpo de Ejército.

Tras la intervención, los estudiantes de la Facultad habían sido convocados en masa por el mayor y un estrecho colaborador docente, y se les leyó una lista de nombres de alumnos y profesores involucrados en el delito de la subversión, instándoles a que dieran información, a espiar y a delatar. Las clases se daban por la mañana temprano, cuando todavía estaba oscuro, se tomaba rígidamente asistencia, se intimidaba y se sometía a los estudiantes a padecimientos intelectuales de todo tipo y cundía el miedo ante la presencia cierta y constante de espías y delatores que operaban para toda clase de servicios de seguridad. Los profesores se repartían entre los que colaboraban abiertamente, los que eran tibios y toleraban la situación, los que no estaban de acuerdo pero pensaban que valía la pena que-

darse a hacer lo suyo, que consideraban que estaba bien. El estudiantado era un enemigo potencial al que había que controlar, hablarle poco y escucharle menos. La relación no existía, el discurso era absolutamente unilateral.

Sin embargo en el FAMA, para dar un ejemplo, la posición de los docentes era diferente; habiendo sufrido la disgregación del 66, que significara un despoblamiento notable del cuerpo profesoral, ahora se trataba, al menos entre los matemáticos, de «salvar lo que se pueda» y «no abandonar los puestos». Pero nadie hablaba de la situación, cada uno se había sumergido en su área específica del saber, tratando de progresar individualmente, haciendo carrera, buscando doctorados en el exterior. Entre los estudiantes de esa facultad se cuentan trece desaparecidos, se puede ver en una placa recordatoria en una de sus paredes.

La mordaza y la venda, instrumentos de la represión del cuerpo fueron alegoría de la represión del espíritu y de las ideas. La universidad toda se había convertido en botín de caza y de guerra, pero sobre todo se codiciaban aquellos sitios donde podían producirse ideas, ideas otras que no fuesen las del «espíritu de la nación» consignadas en el acta fundacional del Proceso de Reorganización Nacional.

Prácticas obscenas dominaban el espectro universitario: en el campo de la filosofía se realizaron auspiciadas por la Facultad varias jornadas y congresos que llevaban por el ejemplo el título «La Libertad», «La Verdad», «La Virtud», homólogos del mundial del fútbol.

Mientras, toda la inteligencia universitaria y no universitaria se desintegró en fragmentos cuyos destinos son hoy conocidos o fáciles de inferir: la muerte, la desaparición, la cárcel, la práctica de catacumbas en el exilio interior, el exilio exterior. Mi apartamiento drástico de los claustros, primero por un gesto reflejo ante los discursos políticos metonimizadas en el autoritarismo, después por mano directa de la represión parapolicial me hizo transitar por las cuatro últimas maneras de la expulsión. Y las cosas que pasaron en mi ausencia las leí en publicaciones europeas, o me las contaron otros de mi condición, y así fuimos reconstruyendo el horror, tanto en el destierro como a mi vuelta, que tuvo lugar a fines de 1986.

La nueva redemocratización de la universidad que empezó en 1983-1984, fue en Córdoba como volver a hacer andar una película detenida en un fotograma. Al menos, ésa fue la ilusión de muchos de los pocos que habían quedado o vuelto para reintegrarse a los claustros. Las paredes volvían a llenarse de leyendas, los estudiantes volvían a protestar contra la enseñanza «teledirigida», y a luchar por relaciones diferentes, tanto de los vínculos entre sus pares, rotos o desintegrados en la fragmentación de los ciclos básicos, como de la relación con los profesores.

Desde el Rectorado se produjo una resolución por la que se reincorporaron todos los echados por la dictadura, congelándose a su disposición los puestos de trabajo, hasta que pudieran reintegrarse y legalizarse en concursos de oposición. Éste es un caso único entre todas las universidades nacionales. Los estudiantes comenzaron a trabajar por la recuperación de los centros. Pero en esta época, la participación era rala. Aquellos militantes que retomaron la tarea abandonada a la fuerza en 1976 hallaban un entorno empobrecido de participación, los interlocutores habían mermado en forma alarmante, la mirada de los más era entre azorada e indiferente. Es que sólo una de las películas argentinas se había detenido. Otras habían seguido su proyección, y parte de la gente se había desplazado en cuerpo e ideas hacia otros rumbos.

No obstante, cabía la palabra de la reivindicación, reparatoria, recuperatoria de la conciencia por los derechos humanos y las libertades públicas. En la Facultad de Filosofía fue creada una Cátedra de Derechos Humanos. En el campo de los proyectos pedagógicos bullían las propuestas fundadas en los discursos ideológicos de los setenta, en medio de la costernación por los huecos en los anaqueles de las bibliotecas universitarias. Creo que en muchos casos, la euforia ideológica, era la euforia estertorizada del que agoniza. ¿Cómo trazar un discurso otro, entre la nostalgia de la cosmogonía y la indiferencia del escepticismo? La Universidad en todas sus unidades académicas se dio reglas y plazos para su normalización, con altibajos temporales y morales, se sustanciaron concursos públicos de oposición empezándose a vivir un clima de legalidad y legitimidad académica, para algunos completamente desconocido hasta entonces, para otros no muy deseables, y para otros más haciendo de derecho algunas situaciones de hecho heredadas de la dictadura. También se reelaboraron las currícula de las carreras, recuperando contenidos que habían sido totalmente censurados e incorporando asimismo discursos nuevos. En 1989 el Honorable Consejo Superior de la universidad produjo una declaración contra el indulto a los comandantes, líderes del genocidio.

Lo que me parece interesante es que a la hora de recuperar institucionalmente la universidad, para la democracia, se tomaron resoluciones políticas justamente con un criterio reparatorio. Pero la urgencia de lo político obturó las necesidades específicamente académicas teniendo las primeras gestiones y decisiones de una falta de idoneidad universitaria específica.

Por esos tiempos empezaban a arraigarse las propuestas del liberalismo universitario, nacido en la ideología pragmático-tecnocrática de los años del Proceso. Entre el viejo discurso nostálgico de izquierdas y el pasotismo generalizado, esas propuestas prendieron especialmente en algunos sectores de la masa estudiantel, y también del cuerpo profesoral, haciéndoles